

El velo

NOVELA HISTORICA



Edilesa/NARRATIVA

Ara Antón

Dirección editorial:
Vicente Pastor

Dirección de arte:
Vicente Pastor y Joaquín Alegre

AraAntón

© Edilesa, 1999

Camino Cuesta Luzar, s/ n - 24010 Trobajo del Camino. León (España)
Teléfono: 987 800 905 - Fax 987 840 028

I.S.B.N.: 84-8012-263-3
Depósito Legal: LE-1487-1999
Preimpresión.- LetterMAC
Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos;
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del titular del copyright.

Me tiembla tanto la mano que no sé si conseguiré trazar signos medianamente legibles. Aunque, pensándolo bien, no es necesario que lo sean. No escribo para nadie; lo hago por acompañarme. Quiero traer junto a mí la vida ya pasada, mis recuerdos y aquellos otros que amigos o conocidos me contaron, para que retengan mi espíritu impaciente por huir. Cuando, después del mediodía, con la leña preparada junto al fuego, me siento, cara al oeste, friolera, al sol, me sorprende el fresco y la oscuridad sin haber sido consciente de la tarde ida. Me levanto con trabajo y, mientras coloco los leños en el hogar, me pregunto qué he pensado en las horas que la montaña tardó en traer el ocaso. No logro recordar nada. Sólo brumas, jirones, sombras grises en un lago.

He vivido tanto tiempo. Ochenta y cinco... ochenta y siete... noventa tal vez. No lo sé con exactitud. En algún lugar del arca que traje debo de tener apuntada la fecha... ¡Qué más da! A nadie le importa; ni siquiera a mí. Llevo muchos años asistiendo al espectáculo de mi propia destrucción y la de otros a los que amé u odie... Al principio fabricaba pócimas, hacía embrujos, cumplía ritos y, por unos momentos, creía haber detenido el tiempo. Engaños para ir tirando, igual que estas líneas que ahora empiezo a escribir.

¡Qué tremenda diferencia de sentimientos en un mismo lugar! Hoy soledad, dolor, miedo y deseo de muerte. Ayer confianza, plenitud, goce de respirar. Constantemente es igual. Puedes esperar y hasta vivir, pero detrás, siempre, el

dolor. Veo a la abuela afanarse entre yerbajos, recipientes con extraños contenidos, viejos escritos que descifraba letra a letra, señalando con el dedo y moviendo los labios. Me gritaba amores o broncas según mis merecimientos, pero sin levantar la vista, adivinando, creía yo. Es curioso cómo mis primeros recuerdos no se corresponden con el interior de esta cabaña y, que yo sepa, aquí hemos vivido siempre. Veo en cambio otro lugar, sólo alumbrado por un fuego perpetuo, y allí situó toda la serie de cachivaches de los que antes hablé. Luego, cuando mis recuerdos empiezan a aclararse, aquel extraño sitio desaparece y queda esta vivienda exactamente igual a como hoy está. Ni las pajas del tejado he tenido que arreglar, el hermano Baltario y sus legos se han ocupado de mantenerla con amor y dedicación.

¡Qué alegría se llevó el buen monje cuando me vio en la casa! ¡Y cómo lloraba luego recordando el pasado! Nos sentamos al sol de la tarde y nos sorprendió la noche sin sentir el tiempo. Casi todos los días viene a verme, acompañado de los dos muchachos a los que ahora enseña. Arrastra los pies por entre el bosque de robles sin ver ya nunca sus copas. Ha hecho una veredita de su cabaña a la mía de tanto recorrer el camino.

-Al amanecer -me decía el primer día- cuando salgo a recoger hierbas, me llegaba siempre hasta aquí, por si había algo...

¿Qué iba a haber en lo más profundo del bosque?; ali-mañas, tal vez. Ningún hombre que no conociera el lugar podría dar con él. Escogió bien mi abuela. O tal vez no fuera ella. Quizá estas paredes circulares, estas piedras hayan sido eternas y la vieja sólo tuvo que tomarlas... Abajo, junto al arroyo, sí que han llegado gentes... ¡Sí que vinieron, sí...! Cazadores extraviados, forajidos desesperados... Hasta una

vez un leñador. Aquel día temblamos.

-Si empiezan a venir estamos perdidas -dijo mientras concentraba su mirada en el mártir elegido.

Pero no lo hicieron. El hombre hubo de irse amargado, después de intentar durante horas derribar el ancho tronco, que se negaba a permitir que un hacha desgarrara sus carnes. Sudoroso, el leñador se detuvo, midió el corte conseguido, contempló el sol camino del ocaso, comparó el árbol sentenciado con los que lo rodeaban, aun más anchos y, maldiciendo entre dientes, se echó la herramienta al hombro y se fue, siguiendo las aguas del regato. Nosotras dos, que lo habíamos vigilado durante todo el día, uniendo nuestras voluntades, sin atrevernos a hacer fuego por no delatarnos, respiramos tranquilas.

No teníamos muchas visitas. Contaba yo seis años la primera vez que oí gritar el nombre de mi abuela junto al arroyo. Corrí aterrada a esconderme entre sus faldas, asustándome más aún, oyéndola maldecir entre dientes. Me apartó a un lado prohibiéndome salir, tomó la toca que nunca se ponía, se cubrió los cabellos y fue al encuentro de la voz. Me castañeteaban los dientes, encogida en el rincón más umbrío de la casa, pero al final, la curiosidad pudo más que el miedo y, como la vieja tardaba, salí despacio, separando apenas la piel que tapaba la entrada. Casi a cuatro patas me deslicé por entre los brezales que impedían el paso a extraños y llegué al borde de las peñas, que descendían casi verticales hasta el riachuelo. Allí, junto a las aguas, mi abuela hablaba con un hombre al que miraba con la cabeza echada hacia atrás. No pude entender lo que decían, pero me tranquilicé al darme cuenta de que platicaba tranquila y que el caballero asentía mansamente, escuchando en silencio. Se despidieron enseguida. Ella es-

peró a que él montara en su caballo y se perdiera río abajo. Luego, miró con detenimiento a un lado y otro antes de tomar la fácil subida que ocultaba el brezo.

Aquella noche tuve un mal sueño. El caballero volvía para llevarme con él. Desperté llorando y busqué sobre el jergón de paja el cuerpo siempre cálido de la abuela. No estaba. Mis berridos entonces se intensificaron de tal forma, que hasta los lobos se removieron inquietos. De pronto, como por milagro, ella apareció junto a mí, calmándome con suaves tonos que no entendí, pero que se extendieron como aceites por mi cuerpo, trayendo de nuevo el sueño.

A la mañana siguiente, al abrir los ojos, los primeros rayos del sol, pálidos y fríos, intentaban abrirse paso a través del lino encerado que cubría la única ventana de nuestra cabaña. Miré en derredor, sola de nuevo. No me chocó. Estaba acostumbrada a las salidas de Flora, dato único que conocía de la personalidad de mi abuela. Sólo sabía que se llamaba así y con eso me bastaba. A veces recorría el bosque buscando plantas, otras, simplemente desaparecía para hacerse presente repentinamente dentro de la cabaña, cuando yo llevaba horas esperándola en la puerta.

Salí fuera y sentí los trinos de los pájaros. Era primavera y el bosque entero me hablaba. Escuche embelesada el lenguaje que mejor conocía, pero entre los sonidos familiares me alcanzaron otros discordantes y lejanos. Llegaban mezclados con los saltos del agua. Me acerqué al borde de las peñas y la abuela y el caballero hablaban de nuevo. Ella le entregaba algunas bolsitas y una redoma de vidrio de las que me tenía prohibido tocar. El hombre escuchaba atentamente, sin apartar la vista del rostro y del dedo de mi abuela, que bajaba y subía al compás de sus frases. Se fue finalmente y yo me prometí que, si volvía, bajaría a

escuchar. Y volvió, ya lo creo que sí; bastantes veces más.

Poco tiempo después llegó Severo. Lo vi echado junto al riachuelo, resoplando como un jabalí herido. Lo estudié durante un rato, deseando ardientemente, como mi abuela me había enseñado, que se marchara, pero el buen fraile estaba tan cansado y enfermo, que mis voluntades resbalaban sobre su piel, que nada recibía. En vista del éxito, me deslicé vereda arriba, convencida de que Flora lograría deshacerse del intruso.

-Abuela -llamé en un susurro, separando las pieles de lobo que nos protegían del frío. No sabía yo entonces hasta que punto aquello era un lujo. La vieja, cuando le preguntaba si ella las había cazado, negaba, asegurando que se trataba de un regalo, aunque tardé bastante en saber de quién. Ella se afanaba sujetando la caldera con las preñancias. Pronto sería la hora de comer y era preciso cocer el conejo que había caído en la trampa y los nabos que por la mañana había arrancado del huerto. ¡Cómo odiaba yo el huerto! Trabajábamos en aquel minúsculo pedazo de tierra durante horas, disputándole al bosque el sol, el agua y la tierra, que constantemente se empeñaba en cubrirse de hierbajos. Cultivábamos cebollas, nabos, coles y ajos. También teníamos una higuera y un manzano junto a la casa y además, una parra de uvas con un tronco como un árbol viejo. No recogíamos muchos frutos porque las tremendas heladas de estas tierras siempre lo impidieron, pero eran suficientes para dos personas que no comían demasiado y que además sabían administrarse. Un poco más allá de la huerta sembrábamos centeno, pero sólo una vez cada dos años.

-¿Qué quieres? -se volvió a mirarme la mujer, con su eterno rostro en llamas.

-Hay un hombre -dije sin alzar la voz.

-¿Dónde? -preguntó ella saliendo.

-Junto al río -contesté, correteando a la vera de sus ropas.

-¡Quieta! -me ordenó ceñuda-. No hagas ruido.

Se agachó entre las matas de acebo, en el borde, y miró hacia el riachuelo. Observó durante unos momentos al fraile acostado y, tranquilizada, se puso en pie.

-Es hombre de paz -aseguró- y está enfermo.

Tomó la veredita de bajada y yo me apresuré a seguirla, un poco sorprendida de que no me lo impidiera. Como leyendo mis pensamientos, se volvió señalando la cabaña.

-Tráeme la toca.

Gire rápida y corrí a buscar su encargo. Cuando volví con ella, se ocupaba en mojar las sienes del desconocido con agua fresca del río. Se cubrió los cabellos e insistió en su labor hasta que el fraile soltó unos gemidos y abrió los ojos.

-Tranquilo, hermano, no vais a morir. Sólo necesitáis descanso. Si hacéis un último esfuerzo, os llevaré a mi casa y os atenderé.

La mirada del desconocido, que en un principio pareció sorprendida e incluso miedosa, asintió confiada. Hoy, que vuelvo a recordar aquella escena, me doy cuenta de hasta que punto aquel entendimiento, que había de durar más de cuarenta inviernos, nació instantáneamente.

Durante casi dos semanas compartimos el jergón con el enfermo. Tenía fiebre alta y, en la noche, deliraba hablando de los monjes de su monasterio, de cosas terribles que yo no entendía pero que mi abuela escuchaba atentamente. Luego, de repente, empezó a mejorar. La vieja -así me parecía entonces a mí, aunque calculo que por aquellos años contaría unos treinta y cinco o treinta y nueve años- dejó de darle pócimas y, en su lugar, lo obligó a ingerir caldos con verduras, aderezados con alguna de sus extrañas

hierbas. Enseguida pudo comer carne y daba buena cuenta de los conejos o los pájaros que cazábamos. Una noche, ya levantado, después de cenar, le dijo a mi abuela, que no se había vuelto a quitar las tocas.

-Buena madre, creo que es hora de que os hable de mí, ya que me habéis dado albergue sin preguntarme nada y sabiendo, como supongo, que no puedo pagaros.

-No son las monedas o las mercancías a veces el mejor pago –contestó ella sin dejar su trabajo.

El hombre la miró durante unos instantes sin comprender y luego siguió hablando.

-Mi nombre es Severo. Fueron los monjes del monasterio los que me lo pusieron, pues no conozco ni padre ni madre. Un amanecer, el viejo hermano Cosme se encontró con un paquete que se removía a las puertas del cenobio. Cuando los freires salieron de su sorpresa, intentaron colocarme en alguna casa en que una mujer me hiciera de madre, pero en todos los sitios había ya demasiados niños y muy poco pan, así es que lo único que consiguieron fue que dos campesinas, de las muchas que estaban criando, por unos pocos nabos, vinieran dos o tres veces al día cada una a alimentarme. Me convertí en el juguete y la diversión de los buenos monjes, que disputaban entre ellos por hacerme de madre. Cuando estuve en edad de aprender, fui pasando por cada una de las dependencias del monasterio, ejerciendo de ayudante del fraile encargado, para así dominar todo el complejo. En cada lugar cumplí a la perfección con las tareas encomendadas, pero el trabajo que más me gustaba y al que corría cada tarde ilusionado, era el de los libros.

El abad Fruminio había tomado para sí la tarea, esperanzado por el interés y la facilidad de aprendizaje que yo demostraba. Tenía, y tengo aún, una enorme curiosidad

por todo. Mis preguntas acosaban al paciente anciano, que a veces acababa mirándome boquiabierto, confesando embarazado que no conocía la respuesta. Esto no hacía que yo perdiera confianza en él, al contrario, me hizo comprender que todo tiempo dedicado al estudio aún es poco para lo mucho que hay que aprender...

Severo se interrumpió, perdido en sus recuerdos, que parecía estar viendo en las llamas del hogar. Mi abuela había abandonado su labor y escuchaba interesada. Fui a meterme entre sus piernas, fascinada por aquel nuevo ser que había aparecido en nuestras vidas. El hombre me acarició la cabeza y sonrió dulcemente; luego continuó.

-Nunca salí del monasterio. La vida fuera no tenía atractivos para mí. Escuchaba interesado los relatos de los viajeros que se acogían a la hospitalidad del abad, pero siempre hablaban de guerras, de muertes, de hambres, de tremendas epidemias... miserias al fin, a las que no estaba acostumbrado y que parecían estar esperando a todos los hombres fuera de las altas tapias de piedra. A mi sólo me interesaban las historias de los monjes, que sabían cientos de vidas de santos, y las de los pergaminos que manejaba con cuidado y que empezaba a conocer de memoria.

Cumplí catorce años. En las mañanas trabajaba en el huerto y en las mil tareas necesarias en un lugar grande, en el que se movían tantas gentes conocidas y desconocidas, a las que había que dar cobijo y alimento. Pero a partir de la hora sexta, corría al scriptorium. Era mi rincón favorito, sobre todo después de que el abad, en su último viaje, de acuerdo con otros monasterios, se había traído nuevos manuscritos, dejando a cambio algunos de los nuestros. Era necesario copiarlos deprisa, pues el buen monje ardía en deseos de ampliar nuestra exigua biblioteca, ahora que había dado con una buena fórmula para hacerlo. De modo

que, como mi letra era ya tan buena como la de cualquiera de los copistas, me asignó la labor de reproducir una historia, que no entendía demasiado y que hacía que molestara continuamente a los dos frailes que conmigo trabajaban con preguntas que, la mayoría de las veces, tampoco sabían contestar. El códice tenía por título La Eneída y había sido escrito por alguien llamado Virgilio, “un hombre muy complicado”, pensaba yo a cada momento, al no ser capaz de entender sus ideas.

Los años fueron pasando sin deseos casi. Lo tenía todo. No pensé nunca en el futuro. Me interesaba el día que vivía y, al llegar la noche, esperando el sueño en mi jergón, repasaba las labores realizadas, las páginas leídas y escritas, las enseñanzas de mi maestro, al que acompañaba casi constantemente y que había delegado en mí casi por completo la administración del monasterio. Contaba entonces veinticinco años y, a pesar de todo lo aprendido, era un ingenuo que sólo veía de las gentes su sonrisa de saludo. El buen abad, llevado de su cariño por mí, había cometido, según me enteré más tarde, el error de comentar con alguno de los otros frailes responsables el deseo de que, a su muerte, yo lo sustituyera, pues me consideraba el más capaz. Lógicamente esto desató las envidias de los más viejos, que esperaban desde hacía años su oportunidad.

La vida comenzó a hacerse difícil para mí. De repente todos eran problemas, como si me hubiera vuelto idiota, porque lo que hasta aquel momento había hecho bien, empezó a estar mal. Cometía constantes errores. Parecía ofender a todos cada día, pues pocos eran los que me miraban bien. ¡Ingenuo de mí! No era capaz de entender lo que estaba pasando. Hasta obligaron al abad a castigarme en una ocasión a pan y agua durante una semana, al conseguir probarle no sé que falta de la que yo no tenía si-

quiera noticia. Empecé a ser desgraciado. Me afanaba cada vez más por hacer bien mis tareas, por ayudar y sonreír a todos, tratando de atraer de nuevo su simpatía. Pero unos pocos, con malas artes, lograron adherir a todos los demás que, como ovejas, los siguieron de buena fe. Consiguieron amargar mi vida y los últimos años del abad que, ya tarde, me confió sus deseos y me hizo entender la situación creada.

-Pero no temas -me dijo- no se atreverán a ir en contra de mi última voluntad. Cuando llegue el momento, los reuniré y haré que te elijan.

-No osé levantar los ojos del suelo. Lo que Fruminio me estaba proponiendo era un honor que yo no creía merecer; es más, que no deseaba. Mis únicos anhelos estaban en el scriptórium y la labor que el buen padre quería asignarme me alejaría durante días o incluso semanas de aquel lugar, para atender a los múltiples asuntos que el monasterio originaba.

Padre -titubeé- no soy digno...

-¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! Tonterías. Tú sabes que eres, con mucho, el mejor preparado.

-Soy muy joven -objeté bajito.

-La edad no está en el tiempo, sino en el cerebro de cada cual. Y ahora calla y acaba con esas cuentas, que pronto será hora de ir al refectorio.

-A la mañana siguiente el abad apareció muerto en su cama. Como no había dado a conocer públicamente su voluntad, los hermanos se reunieron para buscar tres posibles candidatos que ofrecer al obispo. Hubo quien dijo...

Al llegar aquí Severo se interrumpió y nos miró indeciso.

-Que el buen abad había sido asesinado -concluyó mi abuela

El monje abrió unos ojos inmensos, asombrado por lo

que acababa de oír.

-¿Cómo podéis saberlo vos? Era un comentario que sólo se hacía en rincones apartados y por los muy íntimos.

-No lo he adivinado -contestó la mujer- Os lo oí decir mientras delirabais. Pero no temáis -se apresuró a tranquilizar al monje- no tengo ningún interés en cotillear con nadie. Además -siguió mi abuela con una risita- no es algo nuevo. Todo el mundo sabe que al que sobra, se le mata -los ojos de Severo se agrandaron aún más.

-¿Sí? -inquirió lleno de pasmo.

-¿Y vos sois el que ha leído y estudiado tanto? -preguntó mi abuela con sorna.

-Bueno, la verdad es que pensé siempre que una cosa eran las historias antiguas y otra la vida de cada día.

-Las historias que hoy son letras, fueron alguna vez reales -aseguró mi abuela, con su eterno pragmatismo.

El monje bajó la cabeza y quedó silencioso unos momentos. Luego, como hablando para sí, murmuró.

-Entonces pudo ser cierto que lo mataran... Nunca llegué a creerlo. Si pedí permiso para venirme al bosque, fue porque el nuevo abad me apartó del scriptórium y la vida llegó a hacérseme insoportable en las nuevas ocupaciones, a pesar de lo mucho que oré y me sacrificué. No hubo ningún problema; al contrario. Cuando humildemente se lo propuse, aceptó enseguida y me prometió que, cuando hubiera encontrado un lugar para vivir “podría seguir copiando manuscritos “, aunque, “si deseaba irme lejos, también podía hacerlo”. Me apresuré a asegurarle que no quería alejarme. Tenía demasiado miedo al mundo que me esperaba fuera.

-En ese caso, venid a buscar víveres cuando lo preciséis y entregad vuestros trabajos al hermano dispensero, que él a su vez os encargará otros. No es necesario que me

visitéis. Cuando desee veros os lo haré saber –me dijo el abad, mientras se volvía de espaldas alejándose.

-Me sentí un poco desilusionado. Después de haber tenido tanto miedo de hacer mi petición, me encontraba con que no sólo era aceptada inmediatamente, sino que parecía deseada. La última noche que pasé en el monasterio fue muy dura. Llegué a sentir pesar por mi decisión. Ante los terribles misterios que la puerta iba a abrir para mí al día siguiente, las penalidades vividas en los últimos meses parecían tonterías. Me amonesté por haberles dado tanta importancia. Me arrepentí cien veces de mi determinación e incluso imaginé hablar de nuevo con el abad, anunciándole que deseaba quedarme. Pero aún no había amanecido cuando el hermano despensero, portando una bolsa con víveres, me despertó, asegurando que “las primeras horas son las más convenientes para viajar”. -Me levanté como reo de muerte y, tomando las vituallas, me dirigí mansamente a la puerta. Aun allí me volví con la boca llena de disculpas que justificaran mi nuevo deseo, pero el monje se adelantó sin mirarme, abrió los postigos y me mostró el camino.

-Idos con bien hermano -me dijo con una sonrisa que a mí me pareció cruel- y recordad que Dios está en todas partes. Si os ha llamado a la meditación, será sin duda para su mayor gloria -y me empujó sin contemplaciones fuera, cerrando inmediatamente.

-Me quedé allí, quieto, de espaldas a la puerta, sin atreverme a girar por miedo de empezar a lloriquear aporreando la madera. Miré el sendero y la bruma que cubría el valle, escuché el canto del río entre las peñas. Al otro lado, el bosque de hayas se extendía plácido. Respire hondo el aire fresco y el mundo no me pareció ya tan terrible.

Debo echar a andar -me dije a mí mismo, murmurando

entre dientes- Y para tranquilizarme completamente, me asegure que, si no me gustaba la vida fuera, siempre podría volver. Me decidí al fin y, cruzando el puente de sogas y troncos que tanto trabajo nos había dado, me interné en el bosque.

Buscaré un lugar escondido, pero cercano -me iba diciendo mientras andaba-. Debe estar apartado de los caminos, no quiero quedar expuesto a visitas no deseadas. Tendrá que ser en un claro, porque si no la vegetación no me dejará mover. También tendrá que tener agua próxima... Si encontrara una cueva, me libraría de construir una cabaña... Aunque debo ser prudente; podría toparme con un oso, y seguramente ya estarán despiertos... -así discurría tratando de entretenerme, sin pensar en el mal trago que estaba pasando.

Llegó el mediodía y no había encontrado el lugar apetecido. Cuando quise darme cuenta, el hayedo había desaparecido y ahora caminaba rodeado de robles, que alternaban las hojas muertas del pasado invierno con los brotes de la nueva primavera. Junto a un riachuelo me senté a comer. El hermano había sido previsor; con el pan, las cebollas y el queso, había puesto un cuchillo, que al principio me pareció demasiado grande, pero que luego me hizo buen servicio. Comí con apetito. Me sentía bastante tranquilo. El bosque, una vez dentro, no resulta tan aterrador como uno lo imagina. La temperatura era agradable, los pájaros y el agua acompañaban la soledad y las imponentes ramas de los robles ofrecían amparo en caso de la llegada de alguna alimaña. Me dije a mí mismo que era urgente hallar un cobijo. Me había alejado ya demasiado del monasterio. Sentí deseos de volver a verlo, de percibir de nuevo la absoluta seguridad que me ofrecían sus muros. Elegí un árbol muy viejo, con ramas bajas, y empecé a trepar, convencido de

que si lograba elevarme y dirigir la vista en dirección contraria a la que creía haber seguido, podría ver los edificios. Conseguí subir y mi sorpresa fue tremenda. En cualquier dirección que mirara, sólo árboles. Al parecer me había internado en un valle flanqueado por altos montes, que muy pronto iban a llevarse al sol. Empecé a bajar muy asustado, tanto, que no asegure bien un pie y fui a dar con mi asustado cuerpo en una no demasiado espesa alfombra de hojas secas. Me levanté dolorido, pero, afortunadamente, con los huesos en su sitio. Gimoteé sin vergüenza ya y, tomando la bolsa, me dirigí hacia uno de los montes, con la esperanza de hallar cobijo.

No creo que hubiera andado una hora cuando el bosque cobró vida a mi alrededor y de varios árboles se dejaron caer unos cuantos hombres, que me hicieron castañetear los dientes de miedo.

-Dios os guarde, señores -dije tratando de propiciármelos, aunque enseguida me di cuenta de que lo de “señores” era excesivo y tendría probablemente el efecto contrario al deseado, como así fue.

-¿Te ríes de nosotros, monje? -dijo uno de ellos, acercándose su maloliente boca.

-Instintivamente eché hacia atrás la cabeza, soltando un ¡puf! muy poco afortunado. El hombre me agarró de los cabellos haciendo bajar mi cara hasta ponerla completamente bajo el pozo que le servía para ingerir.

-¿Te molesto, por casualidad? -lanzó, forzando los sonidos para llenarme de saliva.

-No, no -me apresuré-. No me molestáis nada... señor... bueno, quiero decir...

No pude seguir. Con la mano libre me propinó un puñetazo en el estómago, que me dejó sin aire, boqueando como un pez recién pescado. Pensé que iba a morir. Conocía mu-

chos casos de bandidos huidos a los bosques que robaban a sus víctimas, dándoles luego muerte. Aunque el hecho no habría debido asustarme demasiado, porque siempre he sabido que Dios me recibiría en su seno. Me precipité, no obstante, a tenderles la bolsa, en un mudo ruego de supervivencia. El bandido que me sujetaba me soltó y caí al suelo como un trapo. Otro, gordo y enorme, se adelantó a tomar mis pertenencias antes de que se vinieran a tierra conmigo. Empezaron a cuchichear sin prestarme demasiada atención, o al menos así lo creí, por lo que, haciéndome el listo, intenté gatear hábilmente hacia la espesura del brezo. Una patada terrible, con mis genitales por meta, me trajo recuerdos dormidos de la creación del mundo. Gemí, sudé, babeé, imploré misericordia en todos los tonos que se me ocurrieron. Aquellos tipejos se reían de mi cobardía, pero a mí no me importaba, lo único que deseaba es que me dejaran ir. Cuando mis quejidos se les hicieron insoportables, el gordo se me acercó, ordenándome a gritos que callara, punto importante del que me di cuenta tarde. Era tal el miedo que tenía, que aquellos berridos suponían, o yo lo creía así, lo único que podría servirme de escudo protector, por lo que, sin pararme a pensar en lo que se me estaba pidiendo, arrecié en mis lastimeros ayes hasta que el puño del hombre vino a cerrarme la boca. Ahora todo se volvió oscuro y silencioso. Como en sueños, veía moverse aquellas figuras, que no tenían importancia para mí. No obstante, poco a poco, la conciencia regresó y con ella el dolor, y lo que era mucho peor, el necio deseo de vivir.

Mi abuela sonreía, complacida ante la narración del monje, tanto que éste se detuvo sorprendido.

-Parece que os hace gracia el mal rato que pasé –dijo, mirándola con aquellos ojos tan inmensos e infantiles.

-No. Os equivocáis. No me río de los golpes, me río de

que penséis que vuestro instinto de conservación es algo malo que os haya puesto en ridículo.

-Eso es -asintió el fraile-. Me puso en ridículo. No había dado con la frase justa. Yo que siempre adoré a los mártires, que llegué a desear que los moros volvieran a nuestro monasterio y nos dieran a todos muerte, para así poder probarle a Jesús mi amor infinito, me pongo a lloriquear por unas tortas de nada...

Calló, avergonzado de veras, escondiendo el rostro tras las palmas de sus manos. La risa de mi abuela estalló franca.

-Vamos, hermano, no os sintáis mal por el aliento que hay en vos. Vuestro Dios os quiere vivo aún, por eso deseáis vivir.

-Ah, ¿sí? -inquirió el hombre esperanzado.

-Pues claro, amigo. Descansad en paz. El Señor que adoráis lo quiso tal y como ocurrió. Seguid pues vuestro relato con tranquilidad.

El monje pareció confiarse definitivamente y continuó.

-Cuando volví a la realidad, a pesar de mis mejores intenciones, no pude más que emitir débiles quejidos, pues mis labios, lengua y hasta mandíbulas, me parecieron tan grandes y dolorosos que era ardua tarea el intentar moverlos. Al quedarme casi por completo en silencio, percibí algunas palabras que me sirvieron para entender la discusión de mis captores.

-Es un monje... -decía el gordo.

-¿Y qué? Un hombre como otro cualquiera -aseguraba el de la sima azufrada. Tal me había parecido su boca apesetosa y sin dientes.

-Sería un gran pecado. Mucho más que si fuera un tipo corriente... Podríamos condenarnos -defendía un tercero, lanzándome miradas de soslayo.

-Idiotas -bramó el oloroso-. Nosotros ya estamos conde-

nados.

-Los otros tres lo miraron aterrados y su aseveración produjo el efecto contrario al buscado.

-Yo no he matado a nadie -se justificó el gordo- Sólo alguna paliza y robar para comer...

-Yo sí -dijo uno bajito vestido con una piel de oso-, pero fue siempre por defenderme y...

-Milagrosamente me vinieron a la memoria las palabras de los frailes predicadores que tantas veces había oído gritar en los actos litúrgicos y que siempre coincidían con una mayor recogida de limosnas y, con dolores infinitos de dientes y mofletes, grite:

“Apartaos de mí, malditos de mi Padre. Idos al fuego eterno que os tengo preparado”.

La conversación se interrumpió de inmediato y los facinerosos me miraron por primera vez con miedo. Yo sentía que había conseguido una victoria parcial. Si deseaba quedar como triunfador absoluto debía seguir; y seguí, ya lo creo, y el Verbo Divino hizo el milagro.

-¿Por qué me miráis con burla, buena mujer?

-Por nada, monje. Seguid con vuestro “milagro”.

-Bueno, poco hay que contar ya. Para dar más valor a mis palabras comencé a decirlas en griego, cosa que aquellos malandrines no pudieron resistir y huyeron, desapareciendo entre los árboles y dejándome allí maltrecho y con la cabeza exprimida de tanto lanzar maldiciones.

-Es fácil asustar a los ignorantes -aseveró mi abuela.

-No lo creáis. El maloliente, a pesar de todo, se llevó mi bolsa.

-Es que el hambre asusta más que el infierno -dijo la vieja levantándose-. Bueno, creo que deberíamos dormir. Mañana he de salir temprano a recoger sabina albar y digitalis purpúrea.

-¿Hacéis medicinas, mujer?

-Desde luego, monje, y gracias a ellas os habéis recuperado tan pronto.

-Yo también las hice con el hermano Saúl. Era un judío converso que llegó a nuestro monasterio desde Toledo. Al principio, Fruminio tuvo muchos problemas con los monjes, que tachaban al nuevo de brujo y enviado del diablo pero, como antes o después todos tuvieron algún mal que les hizo recurrir a él, acabaron por aceptarlo y hasta trataban de tenerle contento, recogiendo malvas, valeriana, genciana amarilla y hasta la terrible cicuta, que, como vos sabéis sin duda, es más difícil de encontrar.

-Sí, y ya que lo decís, deberé buscarla también mañana, pues creo que estoy a punto de acabar la reserva.

Severo miraba a mi abuela entre sorprendido y temeroso. Dudó unos instantes y luego dijo.

-¿Podría acompañaros? Vos conocéis estos lugares y quizá pudierais ayudarme a hallar un refugio donde orar y trabajar.

-Desde luego que sí -contestó ella- Además, no estáis muy distante del monasterio. No lo visteis porque habéis dado la vuelta al monte y lo dejasteis detrás.

-Lo que temo es que volvamos a toparnos con los mandrines que me atacaron. Aunque creo que en los cuatro días que vagué por el bosque, después del encuentro, han debido de quedar muy lejos.

-No tanto, hermano. Pero no temáis. Enseguida conocen a los que son tan pobres como ellos y no se molestan en atacarlos. No tienen ningún interés en hacer daño gratuitamente.

Severo suspiro aliviado y todos nos dispusimos a descansar.

Es curioso que al rememorar la escena, parece como si

recordara frases o sintiera estados de ánimo que en aquel momento no percibí, o al menos de los que no fui consciente. Al escribir sobre aquellos tiempos vuelvo a hacerlos palpar, no sé si de forma más intensa o incluso con vida nueva.

...